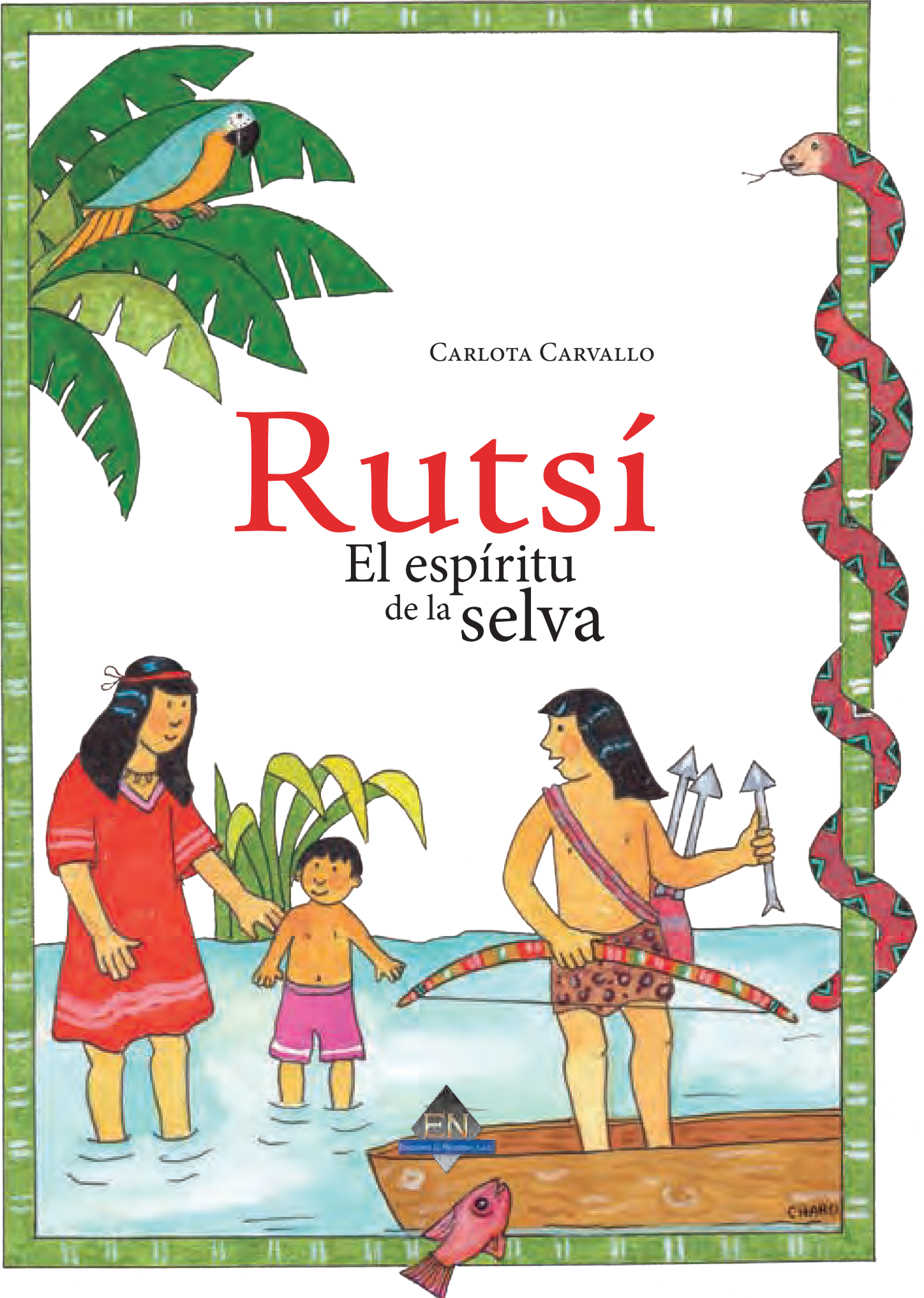


CARLOTA CARVALLO

Rutsí

El espíritu
de la selva



Título del libro:

Rutsí: el espíritu de la selva

Autora:

Carlota Carvallo

Derechos de autor:

© Carlota Carvallo

© Herederos de Carlota Carvallo

© De esta edición: Ediciones El Nosedal S.A.C.

Diseño y diagramación:

Bruno Cárdenas

Ilustraciones:

Rosario Núñez Carvallo

Adriana Patrucco Núñez

Corrección de estilo:

Danilo Raá Rodríguez

Rómulo Torre Toro

David Villena Reyes

Edición:

Ediciones El Nosedal S. A. C.

Av. Del Río 111, Pueblo Libre, Lima-Perú

Tiraje:

XXXX ejemplares

Impresión:

Punto & Graffía S.A.C

Av. Del Río 113, Pueblo Libre, Lima – Perú

I.S.B.N.

Nº 978-612-4195-00-6

Código del Proyecto Editorial:

Nº 31501211300344

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú:

Nº 2013-05974

Código de barras:

Nº 9 786124 195006

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

INTRODUCCIÓN

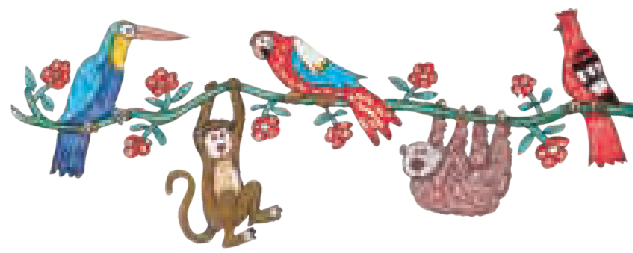
¿CONOCÉIS POR VENTURA la selva, la grandiosa selva sudamericana? Si la conocéis, si alguna vez habéis visto desencadenarse sus oscuras fuerzas primitivas, si habéis escuchando hacia el atardecer sus confusos rumores, donde a veces os parece percibir el canto de eternidad de sus ríos o el eco ronco de sus montañas, el grave croar de gigantescos sapos, el chirrido estridente de los monos o el melodioso trinar de misteriosas aves; si habéis sentido el embrujo de su belleza y os habéis internado en el laberinto de sus entrañas, quizás habréis descubierto que está poblada de seres invisibles que viven en sus ríos y pantanos, en sus innumerables cascadas, en sus apacibles remansos, en sus montes y sus cuevas, y hasta en las chozas abandonadas de los indios.

Pues bien, si los conocéis, si vuestro oído puro como el de un niño no ha sido aún contaminado por la palabra del hombre, si vuestro corazón sencillo ha podido acercarse a la naturaleza y a la vida en sus más elementales y primitivas formas, quizás conoceréis a Rutsí, uno de los traviesos espíritus de la selva. Si no lo conocéis, permitidme que os lo presente.

Rutsí es un diminuto genio de los ríos, inquieto y burlón. Es él aquel que juega malas pasadas al martín pescador cuando este espera algún pez, inmóvil

en una rama próxima a los ribazos. Él anuncia a la pequeña víctima el peligro que lo acecha, para que cambie de rumbo. Él es quien desata el cebo de los anzuelos, el que moja las alas de las mariposas cuando se aproximan a beber en los charcos, quien azota las canoas de los indios y las atrae a los remolinos, donde alguna vez se perciben sus carcajadas. Es este Rutsí el que acecha a Shambi, la hija del cacique, cuando introduce sus morenos pies en el río para llenar su *mocagua*¹ y darle de beber a sus hermanos. Él salpica de agua los ojos de la muchacha cuando, despojada de su *cushma*, se echa a nadar remontando la corriente. Él es quien de ver tanto a la muchacha ha llegado a encariñarse con ella, y hasta se ha atrevido a murmurarle palabras amables al oído, que ella parece no haber escuchado. Él finalmente, en una noche misteriosa de la selva, le ha dicho tímidamente al buen Padre Río: «Quiero ser hombre», frase que ha debido repetir varias veces.

¹ Las palabras que, a lo largo del libro, aparezcan en cursivas serán definidas en el glosario que está en las últimas páginas.





I

DE CÓMO RUTSÍ SALIÓ DE LA SELVA

—¡QUIERO SER HOMBRE! —añadió Rutsí—, para que Shambi pueda oír mi voz y para jugar con ella corriendo por el sendero que conduce a su cabaña. Y quiero ser hombre para saber lo que hay detrás de esta inmensidad verde y para ver a dónde alumbra el sol cuando desaparece tras de las altas copas de los árboles.

El Padre Río lo miró extrañado. En realidad, nunca había oído petición semejante de un geniecillo. Cuando lo pensó un poco más, montó en cólera y ordenó al pobre Rutsí que no volviera a incomodarlo con sus impertinencias. Esa noche el Padre Río se agitó turbulento entre su lecho, sin poder conciliar el sueño, y el pobre geniecillo se ocultó entre los platanares, sin tomar parte en las travesuras de sus alegres compañeros.

Pasado algún tiempo, Rutsí se había vuelto tan melancólico que el Padre Río estaba muy preocupado. Entonces lo mandó llamar y trató de disuadirlo con buenas maneras. Le mostró los inconvenientes que hallaría como hombre, lo difícil que sería su vida, acostumbrado como estaba a holgar todo el día libremente, sin conocer los trabajos y penalidades que agobian a los mortales. Pero Rutsí era un geniecillo testarudo y no quiso hacer caso de consejos. Entonces el Padre Río le prometió consultar a la *Runa-Mama*, vieja hechicera

que vivía en una cueva solitaria arrancándole sus secretos a la naturaleza. Ella preguntaba al *tibi*, ave fatídica, que canta en las noches para anunciar las desgracias y al *Chuyachaqui*, diablo burlón de pies desiguales que se encarga de extraviar al caminante. Ella sabía preparar la *pusanga* y el *piri-piri*, bebedizos mágicos que utiliza la gente para hacerse querer, y el *ayahuasca* que hace ver el porvenir.

Ella tenía oídos sobrenaturales, abiertos para los ruidos más imperceptibles, y así oyó la llamada del Padre Río y acudió esa noche para platicar con él.

—Uno de mis geniecillos —dijo el venerable viejo—, el más alegre y travieso, desea convertirse en hombre... ¿Qué dices...? ¿Lo puedes hacer?

—¡Oh, buen Padre Río! —contestó la bruja después de saludarlo reverentemente—. ¡Tengo poderes maravillosos, es verdad, pero tú me pides demasiado! Yo podría convertir a ese pequeño y loco espíritu en serpiente o en ave, pero en hombre, ciertamente que no. Si aceptas mi consejo, le daremos, a modo de prueba un cuerpo de pájaro, un pájaro de hermoso plumaje, y se sentirá muy feliz. También es posible que, cuando trate de remontarse sobre las copas de los árboles y se convenza de que es imposible atravesar la selva, porque es un mar verde sin fin, desee volver a ser un geniecillo del río, como lo ha sido siempre.

Rutsí oyó esa noche una llamada misteriosa. Era una lechuza que le enviaba la Runa-Mama para guiarlo a su cueva.

—¿Qué quieres? —le preguntó Rutsí.

—El buen Padre Río ha querido complacerte. Vas a convertirte en un ser de carne y hueso —le contestó la bruja.

Entraron a la cueva y los otros geniecillos que atisbaban curiosamente en los alrededores, oyeron roncadas palabras mágicas y estridentes chillidos.

De pronto rasgó el aire cálido de la noche el vuelo todavía inexperto de un *chirreclés*. Eso era Rutsí desde ese momento: un hermoso *chirreclés*.

Durmió temeroso, acurrucado en una rama, porque ahora debía guardarse de un sinfín de enemigos que antes no conociera. La vida es así en la selva. Unos seres viven a expensas de los otros, y hasta los vegetales se absorben entre ellos, en esa gigantesca lucha por la existencia. Las fuerzas encontradas de la naturaleza crean y destruyen al mismo tiempo, en un vértigo primitivo y salvaje.

Cuando empezaba a alborear, Rutsí despertó sobresaltado. No estaba muy contento de su transformación, pero se consoló pensando que ahora Shambi lo podría ver y escuchar. Para ella sería su canto más bello y el magnífico brillo de su plumaje. Y ya más alegre emprendió el vuelo hacia la choza del cacique, esperando encontrar a la pequeña Shambi.

Pronto la vio dirigirse al río en busca de agua. Rutsí trató de llamarle la atención volando de rama en rama cerca de la orilla, pero Shambi estaba esa mañana muy pensativa y no reparó en él.

Mientras tanto Uriangari, el hijo mayor del cacique, se entretenía en ensayar su puntería disparando su *pucuna*, rama hueca a través de la cual se soplan pequeñas saetas y en cuyo manejo son muy diestros los indios. Vio al pajarito y pensó que sería un buen blanco para probar su destreza. De pronto, Rutsí sintió un agudo dolor en el corazón y lanzando un lastimero quejido fue a caer desplomado a los pies de Shambi. Esta lo recogió compasiva y lo apretó contra su pecho, pero ya el pobre chirreclés estaba muerto.

Entonces Rutsí, el geniecillo, despojado de su cuerpo, volvió al lado de su Padre Río. Este lo recibió cariñosamente y le dijo:

—Ya no te vuelvas a ir, hijo mío. ¿No vives más feliz entre nosotros?

Pero Rutsí insistió en su deseo de ser hombre.

El Padre Río llamó nuevamente a la hechicera y le ofreció una recompensa si complacía esta vez a su pequeño Rutsí. La Runa-Mama pidió un tiempo de plazo, mientras consultaba a las aves misteriosas de la selva.

Y otra vez la lechuza llamó una noche al geniecillo y la bruja se encerró con él en la cueva, y los otros diminutos espíritus que atisbaban en los alrededores, oyeron un gran estrépito y luego apareció Rutsí completamente transformado.

La Runa-Mama estaba satisfecha. Todos sus conjuros y sortilegios, habían tenido felices resultados. Rutsí se había convertido en una especie de hombrecillo salvaje, con toda la apariencia de un muchacho. Tenía una cara muy linda y unos ojos muy vivos, la tez bronceada y el pelo negro como el alquitrán.

—Serás un hombre, como lo has querido —dijo la hechicera—, y como tal, estarás sujeto a las necesidades y trabajos de la gente. Tendrás inteligencia, pero además te he dado el don de entender el lenguaje de todos los seres. Tu corazón permanecerá sencillo y primitivo. Quiero saber si esto sirve para escudarte de la maldad de los hombres. Pero si algún día sufres, no te quejes de mí. Yo te he advertido que eres un espíritu loco y soñador...

»Y cuando al fin echas de menos la soledad de los bosques y desees regresar a la Madre Naturaleza, nosotros te recibiremos contentos y entonces volverás a ser un espíritu del río como lo has sido siempre...

Cuando la Runa-Mama terminó de hablar, Rutsí, agradecido, se despidió de ella.

Oculto entre un montón de hojas secas aguardó la llegada de la mañana. Cuando empezaba a filtrarse la luz por los claros del bosque, Rutsí se puso en camino. Quería buscar a la pequeña Shambi pero se hallaba desorientado.

Entonces vio un pajarito parado en una rama cercana y se atrevió a preguntarle:

—¿Sabes tú dónde vive la pequeña Shambi?

—¿Quién, quién? —dijo el pajarito.

—La niña más bella, más dulce que habita la selva...

—¿Quién, quién? —dijo nuevamente el pajarito.

—La que tiene el talle esbelto como el umiro y el rostro más lindo y fragante que la flor de la shía-shía... —Y al decir esto, Rutsí comparaba a Shambi con dos hermosas palmeras.

—¿Quién? ¿Quién? —repetía monótonamente el pajarito...

Rutsí, impaciente, le volvió la espalda. Olvidaba que la avecilla no tenía otro canto y por eso se le llamaba el *quién-quién*.

¡Qué difícil era para nuestro muchacho abrirse paso entre la maleza que le cerraba el camino! Había perdido su agilidad de geniecillo, que le permitía jugar sobre las ondas del río o entre las gotas de lluvia y cabalgar sobre el lomo de las mariposas o en los rayos del sol. Pero estaba tan contento y tenía tantos bríos, que no sentía la menor fatiga.

Anduvo así muchos días, preguntando a cuanta avecilla encontraba a su paso, pero las pequeñas aves se habían vuelto tan desatentas con él que ni siquiera se tomaban el trabajo de contestarle.

Vio también monos de infinitas clases. Los maquisapas eran los más simpáticos, con su pelaje negro brillante y su larga cola. Saltaban ágiles entre las ramas, riéndose de él y arrojándole cocos. Se preguntaban, seguramente, de dónde había salido ese pequeño ser tan ridículo. Una mona vieja insistió en que la acompañara hasta las ramas más altas de una inmensa *lupuna*. Rutsí trataba de complacerla, pero demoró un buen rato hasta llegar a la copa. Los traviesos monitos se balanceaban colgados de las lianas, mientras reían divertidos. Después le obsequiaron frutas y semillas, que él saboreó con placer. Cuando estuvo satisfecho se despidió de los maquisapas y continuó su camino.

De pronto se desató una furiosa tempestad; la lluvia caía como un diluvio. El huracán arrancaba de cuajo árboles enteros. Rutsí, completamente mojado y resbalando a cada instante, corría por la floresta. Así pasó toda la noche y al amanecer escuchó muy cercano el murmullo del río. Cuando llegó a la orilla vio con júbilo que frente a él, sobre una *barbacoa*, o armazón de troncos, se levantaba la cabaña del jefe indio, techada con hojas de *camona*. En la puerta se hallaba sentado Uriangari. Rutsí lo saludó, pero el muchacho miraba distraídamente hacia el río.

Poniendo las manos como una corneta, Rutsí le gritó aún más de cerca:

—¡Uriangari! ¡Uriangari!

El aludido se sorprendió al verle.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy tu amigo. ¿Dónde está tu hermanita, la pequeña Shambi...?

Se entristeció la cara del muchacho salvaje y repuso:

—Shambi ya no está aquí.

Y luego le contó cómo su padre había muerto en un combate con los hombres blancos y estos se habían llevado consigo a la pequeña Shambi, según decían, para que trabajara en los cafetales.

—¿Y hacia dónde fueron? —preguntó Rutsí muy afligido.

—Los vi alejarse remontando el río —dijo el muchacho, y luego añadió—: Búscala tú si lo deseas, pero yo no te acompaño. Prefiero quedarme con los hombres de mi tribu.

Y se ofreció a hacerle una pequeña embarcación en que Rutsí pudiera navegar. Cortó una rama de *águano* y estuvo trabajando todo el día.

Entre tanto, Rutsí quiso despedirse de su Padre Río. Llamó también a los geniecillos de la selva pero no los pudo ver. Oyó solamente sus voces y así supo que lo acompañarían durante su viaje. También oyó la voz grave del Padre Río que le decía:

—No te fíes de los hombres, mi pequeño Rutsí. No creas demasiado en sus palabras. Y recuerda que solo volverás a nosotros cuando ese cuerpo que te hemos dado haya perecido. Ahora, aquí tienes mi regalo.

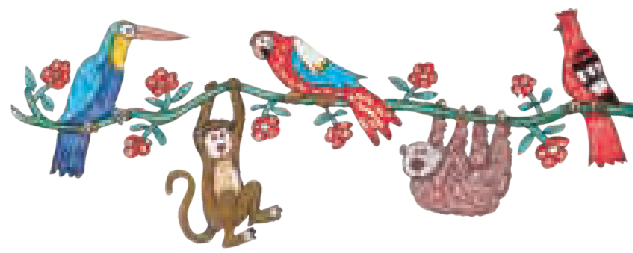
Ante los ojos del asombrado Rutsí apareció un arco con tres flechas de plata.

Y el Padre Río añadió:

—Guárdalo, que te puede servir.

Al caer la tarde estuvo lista la pequeña canoa con un solo remo, donde Uriangari había puesto unas cuantas provisiones para el viaje. Le enseñó a manejarla y se despidió de él deseándole buena suerte en la travesía.

Y así fue como nuestro pequeño salió de la selva para encontrar al hombre y a la civilización...





CHARD

II

DONDE SE CUENTA SU AVENTURA EN EL ASERRADERO

LA PEQUEÑA CANOA se deslizaba suavemente; Rutsí era muy diestro en el manejo del remo. Los curiosos peces asomaban sus cabecitas del agua para observar al desconocido viajero. Los alegres monitos chillaban burlones sobre las hojas de las palmeras; los hualos, gigantescos sapos, croaban fuertemente; se oía el monótono canto de los grillos y mil gritos diversos rompían el silencio de la selva. Algunos semejaban el talán de campanas diminutas, otros el sonido acompasado de una sierra o el repiqueteo de alegres castañuelas. Hasta el silbido de las sombrías lechuzas se escuchaba como un sinfín de misteriosas llamadas. Los búhos enormes y los temibles vampiros rasgaban el aire con sus centelleantes vuelos.

Rutsí pensó con tristeza en los espíritus de la selva. Ahora, desde que se había vuelto hombre, no percibía casi su voz. El río solo era para él un gigantesco conjunto de aguas inquietas y veloces. Pronto se oyeron los rugidos de las fieras y Rutsí saltó a tierra sujetando la embarcación a los bejucos de la orilla. Luego buscó un sitio dónde descansar, porque tenía sueño, como cualquier mortal, y halló un nido vacío de garza entre los carrizos. Se disponía a acomodarse en él cuando oyó un chasquido de ramas que se quebraban y el arrastrarse lento de un cuerpo pesado y majestuoso. Era la *yacu-mama*, la reina de la

selva, la gigantesca boa que salía del río. Luego se escuchó un rumor de lucha y desesperados mugidos de angustia. Rutsí pudo ver, a la luz de la luna, que su víctima era una *sachavaca*. Esta trataba de librarse del abrazo cada vez más estrecho de la serpiente. Rutsí pensó en seguida en sus tres flechas de plata. ¿Por qué no utilizarlas...? Pero, por otra parte, ¿qué necesidad tenía de intervenir en las disputas de la selva? La *sachavaca* gritaba lastimeramente. Rutsí, compadecido, disparó con el arco sobre la serpiente y esta, al sentirse herida, soltó su presa, ocultándose en el fondo del río. La *sachavaca* buscó a su salvador y al divisarlo acurrucado entre el nido de la garza, se acercó para darle las gracias.

—Has sido muy generoso conmigo y algún día te lo pagaré —le dijo.

A la mañana siguiente, muy temprano, Rutsí se dispuso a continuar el viaje. Buscó su barquita y al fin la divisó enredada entre los bejucos de la banda opuesta. Se había desatado durante la noche o tal vez el travieso *serruchero* habría cortado las fibras con que la sujetara.

¿Conocéis al *serruchero*? Es un insecto algo parecido a una langosta. Sabe cortar, como lo haría la más fina sierra, todo lo que encuentra a su paso. Cierta vez, un viajero pasó la noche en una de esas cabañas de palmeras que se usan en la selva. De pronto sintió un ruido extraño en la habitación y, temiendo la visita de una serpiente o de cualquier otro desagradable bicho, con mil precauciones encendió una luz, hallando destrozados los escasos muebles de la habitación. La tosca mesa yacía en tierra con las patas cortadas, el banco cojo, y hasta uno de sus zapatos estaba dividido en dos partes. Todo esto era obra del *serruchero*. ¡Ah, estos juguetones insectos de la selva!

Rutsí por primera vez se sintió desconsolado... ¿Cómo podría él solo atravesar el ancho río? De pronto oyó un ruido detrás de él y vio a la *sachavaca* que salía de la espesura. Había comprendido su situación y rápidamente se introducía en el río, nadando con gran agilidad. Logró vadearlo y con su corta trompa fue empujando la canoa hasta dejarla cerca de Rutsí. Este

no tuvo tiempo de agradecerle su ayuda porque ya la sachavaca se alejaba apresuradamente a través de la selva.

Pasó otro día navegando y recibiendo los rayos del ardiente sol sobre su débil cuerpecillo. Las provisiones se habían terminado y tuvo que detenerse un buen rato para llenar la canoa con los frutos que le obsequió un alegre guacamayo.

Cuando llegó la noche salió otra vez la luna buena y el río se puso de color de plata. Rutsí se sintió muy solo. Después, el cansancio y el sueño lo rindieron y se quedó dormido en el fondo de la canoa. Hacia la medianoche lo despertó un choque brusco. La embarcación había quedado detenida por enormes troncos que flotaban sobre las aguas. A no ser por ellos, la frágil canoa hubiera seguido navegando en la misma dirección que llevaba el río, alejándose irremediabilmente de aquella meta que se había propuesto alcanzar nuestro Rutsí y que estaba más allá de los límites de la selva.

Con mucho trabajo logró atracar en la orilla y amarró la embarcación a un grueso tronco. Se echó a buscar un sitio cómodo para pasar la noche y al fin halló un viejo cedro carcomido que tenía un gran agujero. Ya se estaba quedando dormido, cuando lo despertó un gruñido de mal humor muy próximo a él. ¿Adivináis quién era? Pues el gracioso *machetero*, pequeño roedor parecido a una ardilla, cuya vivienda había ocupado.

—No hay sitio para los dos —refunfuñó el animalillo—. ¡Vete!

Pero cuando ya Rutsí se disponía a buscar otro alojamiento, el machetero, compadecido de su soledad, le permitió que lo acompañara esa noche. Entonces se hicieron amigos. Rutsí le contó cómo buscaba a la pequeña Shambi, que debía estar en los cafetales, y el machetero lo puso al corriente de la vida en esos lugares, de los peligros que amenazaban a los pequeños seres y de cómo él sabía roer la corteza de los paltos para desprender sus frutos y de lo divertido que aquello era. Y al terminar la noche llegaron a hacerse tan amigos, que el buen animalito le rogó que se quedara con él a compartir la cómoda vivienda en el tronco del viejo cedro. Rutsí le agradeció conmovido su amabilidad, pero le confesó que tenía urgencia de continuar el viaje.

Al amanecer el machetero lo acompañó hasta la orilla y, al notar que la embarcación estaba muy descubierta y que Rutsí no tenía cómo protegerse de los rayos del sol, se puso a roer con sus dienteillos afilados el tallo de un gran hongo rojo que Rutsí colocó sobre su cabeza, con lo cual tuvo en adelante un admirable sombrero... Muy emocionado, se despidió del machetero y continuó su viaje.

La vegetación se iba haciendo menos espesa. Desembarcó al medio día y encontró una tribu de indios *campas*, dedicados a la pesca. Vestían unas túnicas oscuras y sus rostros estaban pintados de rojo con achiote. Llevaban muchos collares de semillas o dientes de animales. Pequeñas chozas hechas de ramas de *chonta*, los cobijaban durante la noche. Se alimentaban de la caza y de la pesca. Cuando estas escaseaban, emigraban a otras regiones más propicias y así siempre andaban errantes por la selva. Tenían unas pesadas armas que habían cambiado a los hombres blancos por bolas de caucho, y fue grande el desconcierto de Rutsí al oír su detonación y ver cómo, en el mismo momento, caía desplomado un pobrecito *cutpe*. Les pidió alojamiento y se lo dieron gustosos. Una india vieja le sirvió una porción de inguiri —o plátano cocido— y como lo viera desnudo le puso una cushma igual a la que tenían los hombres de la tribu.

Los *campas* llevaban consigo un osito hormiguero y algunos otros animales domesticados. Rutsí decidió pasar algunos días con ellos para reponerse de las fatigas del viaje. La primera noche oyeron el rugido del otorongo —tigre sudamericano— pero lograron espantarlo. A la noche siguiente lo sintieron aproximarse aún más. Aunque estaban en guardia, no pudieron impedir que se llevara al osito hormiguero. Entonces Quinchori, un niño indio, salió imprudentemente en su persecución y, a los pocos momentos, se oyeron sus gritos en la espesura. Rutsí fue el primero que corrió en su busca y al fin lo halló entre las garras de la fiera. Ligerero como el rayo apuntó con su arco e hizo blanco sobre el tigre, que abandonó su presa, internándose entre la vegetación.

Los *campas* recogieron el cuerpo ensangrentado del pequeño Quinchori y lo llevaron malherido hasta su choza. Esa noche se oyó claramente el triste

canto del *yayay-mama*, ave misteriosa y fatídica de la selva que anuncia las desgracias.

Rutsí fue en busca de la fiera pues quería rematarla. Pero pronto se perdieron sus huellas en la espesura y el chico se encontró lejos de sus amigos los campos y de su querida canoa. Aguardó la llegada del día y emprendió su camino a través de la selva.

Cuando menos lo pensaba, se encontró nuevamente a la orilla del río, pero ahora se erguía frente a él un hermoso puente, construido de un material recio y desconocido, que denunciaba al fin la presencia del hombre blanco. Las grandes montañas cubiertas de vegetación rompían la monotonía del paisaje. Rutsí se sintió muy contento y con nuevas energías para seguir su camino.

De pronto, oyó un sordo ruido y levantó los ojos para averiguar de dónde provenía, cuando distinguió un hermoso tronco de águano que se precipitaba a tierra. Dio un salto y así pudo librarse de ser arrastrado por una de sus grandes ramas. Poco después una bella *congona*, árbol de corteza blanca con el corazón rojo, caía pesadamente. Rutsí se preguntaba angustiado lo que podía causar semejante desastre, cuando oyó la vocecilla de un perezoso que le decía:

—¡Ven pronto y súbete en esta rama, porque se cae el *pucheri*!

Rutsí volvió la cara asustado y vio, en efecto, cómo se cimbraba sobre su cabeza un árbol magnífico. Corrió al lugar de donde salía la voz del perezoso, y rápidamente trepó por el oropel hasta su elevada copa.

—¿Y cómo sabes tú que aquí estamos seguros?

—Porque el oropel no tiene buena madera. Se contenta con dar hermosas flores. Es, como si dijéramos, el haragán de la selva —le contestó el perezoso.

—No te entiendo una palabra —le dijo el asombrado Rutsí—. ¿Qué tiene que ver la madera con este cataclismo?

El perezoso le señaló entonces una casa grande que se veía abajo, cerca del río, con un techo brillante que reflejaba los rayos del sol.

—Eso que ves allí —continuó— es un aserradero. Los hombres blancos talan los bosques y conducen los troncos hasta allí para cortarlos y pulirlos. Luego se los llevan más allá de las montañas.

Rutsí estaba asombrado. ¡Qué malos eran los hombres blancos! ¿Cómo podían destrozarse así su querido bosque?

Quiso seguir interrogando al perezoso, pero ya se había quedado dormido. Colgado de sus largos brazos, parecía una gruesa rama retorcida. Sobre su pelaje largo crecía el musgo y esto lo confundía más con el ambiente en que se hallaba. Trató de despertarlo moviéndolo suavemente, pero el animalillo abrió solamente uno de sus grandes ojos, rodeado por anillos negros que le daban una expresión de asombro permanente.

—¡Déjame dormir! —le dijo—. Primero, los hombres con sus hachas... ¡Ahora tú!

—Creo que sería mejor irnos —insinuó Rutsí.

—¡Qué ocurrencia! ¡Estoy tan cómodo aquí! —refunfuñó el animalito y siguió impasible en la misma postura...

Rutsí vio desde su escondite cómo los hombres se iban acercando. Observó la destreza con que manejaban el hacha y la trozadora, produciendo un acompasado sonido. Cuando los árboles estaban ya cortados y despojados de su ramaje, los conducían a la parte baja del monte, utilizando para ello una especie de canal o resbaladero hecho con los troncos más lisos y aprovechando de los pequeños arroyuelos que caían desde las cumbres, ya que la continua humedad servía para deslizarlos con mayor fuerza y rapidez.

En ese momento pasó zumbando por encima de la cabeza de Rutsí un inmenso tronco. Cuando se repuso del susto, sintió el aire impregnado de un aroma delicioso.

—¡Pobre *quina-quina!*—dijo, mientras se ensanchaban con deleite las ventanillas de su nariz.

Los hombres se aproximaron aún más. Rutsí observó los extraños vestidos que llevaban. ¿Cómo se les había ocurrido hacer un vestido para cada pierna?

Cuando los madereros llegaron cerca del sitio donde se encontraban nuestros amigos, y mientras algunos se ocupaban en derrumbar un *yawar-waje*, otros acercándose al oropel, le empezaron a echar abajo sus hermosas flores rojas.

—¿Para qué sirve este inútil árbol? —dijo uno—. Vamos a cortarlo y nos llevaremos la leña para nuestras casas.

Y empezaron a darle de hachazos.

—¿Qué sucede? —preguntó el perezoso, abriendo esta vez los dos ojos.

Pero ya era tarde. Uno de los hombres se había apoderado de él y reía divertido. Rutsí dio grandes gritos pero nadie le hizo caso. Entonces bajó del tronco e increpó al que había aprisionado a su amigo:

—¿Qué vas a hacer con él?

—¿Y a ti qué te importa?

Rutsí se puso furioso.

—¿Por qué han cortado este *yawar-waje*? ¡Desalmados...! ¿No ven cómo llora sangre?

—¡Qué gracioso! —dijo uno de los hombres—. ¿De dónde ha salido este muchacho, defensor de los árboles?

Y todos se rieron del pobrecito Rutsí.

Nuestro amigo tuvo la primera rabieta de su vida. Pataleó y gritó hasta cansarse. Por último, quiso amenazar a los hombres.

—¡Me quejaré con el Padre Río...! ¡Le diré que los arrase...! ¡Que destruya sus casas y sus sembríos...!

Pero los hombres rieron de su debilidad.

Solo un compasivo muchacho le aconsejó que se calmase, ya que nada remediaría con enfurecerse de esa manera. Le explicó que las maderas eran muy apreciadas pues se utilizaban en la construcción de muebles y diversos utensilios. Finalmente, lo invitó a conocer el aserradero cuando terminara la faena de aquel día.

Y así pudo conocer las grandes máquinas que dividían los troncos con la misma facilidad con que él tajaba con su cuchillo de chonta la carne blanda de las papayas. Allí los troncos eran partidos en trozos simétricos para que

podieran transportarse con facilidad. Las ramas chicas servían para mantener el fuego de los calderos, porque la gran maquinaria era movida con vapor.

Después de que Rutsí vio funcionar el aserradero, movió la cabeza tristemente y dijo:

—Todo está muy bien, pero yo prefiero ver esos troncos entre los bosques, cargados de frutos y de nidos.

Y se despidió del muchacho, no sin antes preguntarle qué dirección debía tomar para llegar a los cafetales.

—¿Qué buscas tú en los cafetales? —le preguntó el muchacho con curiosidad.

—Busco a Shambi, mi pequeña amiga —le contestó Rutsí. Y como hablando consigo mismo, añadió—: ¡A ella también se la llevaron los hombres blancos!

Y Rutsí continuó su camino.

Al fin se distinguieron las grandes plantaciones de café. Los hombres llevaban consigo una canasta, donde introducían los rojos frutos de los arbustos. Rutsí se acercó a uno de ellos y le preguntó:

—¿Qué haces?

—Ya lo ves, arranco las cerezas del café —le contestó el hombre.

—¿Y qué haces con ellas?

—Se las doy al dueño de la hacienda, que a cambio me paga un jornal.

—¿Y qué es jornal?

—Unos discos pequeños de metal, a cambio de los cuales yo obtengo comida y vestidos.

—¿Y la comida no puede cogerse libremente en los campos, como hacen los hombres y los animales de la selva? —volvió a preguntar Rutsí.

El hombre contestó negativamente.

—¿Y el que no trabaja?

—¡Se muere de hambre!

—Pero los otros hombres no lo dejarán morir... ¿No es verdad...? ¡No pueden ser tan malos!

Al escuchar estas palabras el interrogado sonrió.

Cuando llegó el medio día, apareció una mujer pobremente vestida llevando una vasija para el hombre que arrancaba el café. Rutsí miró dentro y vio unas cuantas yucas y choclos flotando en un agua turbia...

—¿Eso comes? —le preguntó Rutsí.

El hombre asintió.

—¿Y por qué se cubren con esos vestidos tan feos? —señaló sus pantalones—. ¿Y por qué hay que trabajar para obtenerlos?

Pero el hombre ya se había cansado de responder a tanta pregunta y le volvió la espalda.

Entonces Rutsí se acercó a una indiecita flaca y pobre que llenaba penosamente su costal. Cuando la cesta que colgaba de su cintura se había colmado, le preguntó:

—¿Quieres que te ayude?

Y como ella le contestara afirmativamente, Rutsí, que era ágil y listo, terminó en un instante la tarea de la muchacha.

Luego vino un hombre que contó los sacos y dio unas cuantas monedas a los trabajadores. Estos emprendieron, con paso fatigado, el regreso a la ranchería de la hacienda.

Rutsí pensó que tal vez allí estaría la pequeña Shambi y, al anochecer, fue de choza en choza indagando por su paradero. Todas aquellas viviendas eran míseras y en los oscuros rincones había, muchas veces, hombres y mujeres acurrucados entre raídas mantas. Estaban atacados de una maligna enfermedad que los hacía estremecer de pies a cabeza.

Cuando ya había perdido las esperanzas de encontrar a su amiga, llegó a la última choza de la ranchería, donde una voz cantaba suavemente. Empujó la puerta y halló a una india de mediana edad. A su lado estaba una niña pálida que apenas podía incorporarse del tosco lecho donde se hallaba reclinada.

Rutsí la miró y creyó reconocer sus facciones. Se aproximó a ella y entonces, lleno de inquietud, reconoció en la pobre muchachita a la pequeña Shambi.

—¿Qué tienes? —le preguntó dulcemente...

Ella no contestó. Lo miró con tristeza.

Rutsí estaba desolado. ¡Cómo habían cambiado esa carita lozana, esos ojos alegres, esa boca tan roja! ¡Ahora era solo una sombra!

Entonces la mujer que la acompañaba le dijo en voz baja:

—Un día, los blancos regresaron de la selva trayendo consigo a Shambi y la obsequiaron al dueño de la hacienda. Ella rehusó cambiar sus primitivas costumbres y andaba escondiéndose de los patrones. Entonces me la dieron a mí para que la cuidara.

»Me compadecí de ella y la traté con cariño, pero era como un animalito silvestre al que se encierra por primera vez en una jaula. Estaba cada día más triste y se negaba a tomar alimento. Yo le conté a la patrona lo que sucedía y le dije que a mi parecer era una crueldad retener a la pobre niña campá y que sería mejor dejarla en libertad para que se fuera donde los suyos. Ya ella sabría encontrar el camino. La patrona me dijo que Shambi era una muchachita muy graciosa y que no perdía las esperanzas de que se acostumbrara a su nueva vida, por lo cual era necesario esperar un poco más.

»Entonces la pequeña se fue poniendo pálida y delgada. Yo la veía perder el brillo de sus ojos día a día. Sus manitas estaban con frecuencia ardientes. Aproveché una tarde que había fiesta en la hacienda y todos los peones se habían embriagado con el cañazo, para pedirle al guardián que esa noche me dejara abierto el portón de la rancharía. Coloqué unas cuantas provisiones en una cesta y le dije a Shambi que podía escapar sin ningún temor. Gruesas lágrimas rodaron entonces por sus mejillas y moviendo la cabeza se negó a salir. Yo no entiendo su lenguaje ni ella el mío, pero comprendí lo que sucedía. Era demasiado tarde. Ya estaba muy débil y extenuada para emprender tan larga caminata y prefería quedarse conmigo.

»Desde entonces le tomé gran cariño. Hablé nuevamente con los patrones. Después de muchos ruegos mandaron a mi cabaña a un extraño hombre

blanco que seguramente era brujo. Tocó a la niña en la frente. Escuchó el rumor de su cuerpo, poniendo la oreja sobre su pecho. Luego dijo que no había nada que hacer.

»—¿Qué tiene? —le pregunté. ¿Es acaso la fiebre de los pantanos que ha puesto amarillos a tantos hombres de la ranchería?

»—No —me respondió—. Eso podría curarse con la corteza de la *cascarilla*. El mal que padece esta chica es mucho peor. Quizás se aliviaría con unas sales de oro, pero habría que ir a buscarlas muy lejos, tal vez hasta la gran ciudad...

»Le he tomado tanto afecto a la pobre niña, continuó la india, que bien quisiera poder ir allá, tras las montañas, para conseguir ese remedio que la ha de curar. Pero necesito dinero y mi jornal de un año no bastaría para pagar los gastos del viaje.

»Por eso procuro hacerle la vida lo menos desdichada posible, mas como no entiende mi lenguaje, no puedo siquiera divertirla contándole algunas historias. Ese es el motivo por el que canto a menudo. Es lo único que parece distraerla.

Y así, la buena mujer terminó de contar la triste vida de Shambi en el cafetal. Rutsí se quedó muy afligido.

—¡El dinero! ¡Siempre el dinero! —se dijo Rutsí enfurecido—. ¿Por qué desde que he pisado la tierra de los hombres blancos no se oye hablar de otra cosa que de dinero? ¡Yo iré a la gran ciudad! —afirmó resueltamente.

—¿Tú? —preguntó con incredulidad la india.

Pero ya Rutsí había desaparecido.